España

ORGANO DE LA JUNTA ESPAÑOLA DE LIBERACION

SE PUBLICA LOS SABADOS
Redacción y Administración: Tacuba, 15
Director: MANUEL ALBAR
PRECIO: 25 CENTAVOS
Registrado como artículo de segunda clase en la Administración de Correos de México, con fecha 22 de febrero de 1944.

Año II | México, D. F., 24 de Marzo de 1945 | Núm. 59

EL CAUDILLO Y SUS TRETAS

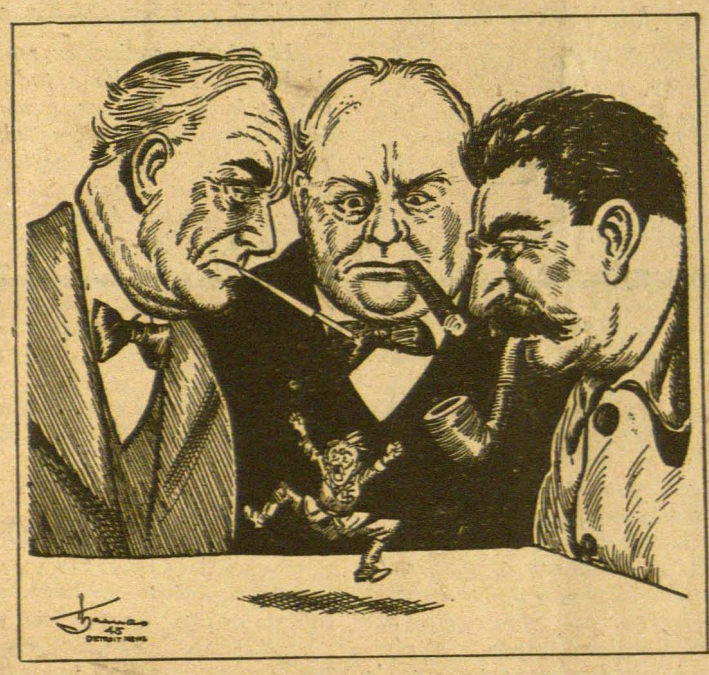
UN "CHANTAGE" PARA TONTOS

Cuando los japoneses atacaron caballerosamente como se sabe Pearl Harbor, los periódicos franquistas respiraban contento: "El Japón —decían— ha llegado al límite de su paciencia. No podía soportar por más tiempo la interferencia y la tiranía de los EE. UU." El contento se convirtió en gozo exultante cuando los nipones pusieron la planta en las Filipinas. "Esperemos —escribían entonces— que Manila sea salvada para la cristiandad..." Desde que la leímos por primera vez, esa frase nos plantea obstinadamente el problema de averiguar qué es lo que en el franquismo pesa más: la ruindad o la estupidez. Porque esperar que Manila fuera salvada para la cristiandad y que los salvadores fueran, precisamente, los japoneses —el pueblo cruel y anticristiano por excelencia, que crucificó a los pocos misioneros que consiguieron llegar hasta él— es algo que rebasa los límites de toda comprensión. Sin embargo, que los periódicos franquistas sentían lo que decían lo prueba la ayuda eficaz que el distinguido representante de Falange en Manila, José del Castaño, prevaliéndose de su cargo consular, les prestó a los japoneses minando la resistencia de la ciudad y organizando, al mismo tiempo, los trabajos de la quinta columna. Todo eso está recogido en documentos y libros irrefutables, entre ellos el del periodista norteamericano Allan Chase, que relata minuciosamente las andanzas de José del Castaño. La actitud de Franco, pues, en orden a la guerra de los EE. UU. y el Japón, era de clara simpatía hacia el imperio del Sol naciente. Y era natural que así fuese por dos razones elementales, aunque el hecho, en sí, constituya una sinrazón inconcebible: por la antipatía falangista a los EE. UU. y porque el Japón era un aliado de Alemania e Italia, las dos hermanas mayores del régimen falangista. Era lógico, por tanto, que la prensa franquista saludara con alborozo la entrada del Japón en la guerra, suceso que parecía definitivo para el acogotamiento de las democracias...

¿Qué pensarán los lectores a la vista de lo que ahora escriben los periódicos del caudillo? ¿Soltarán el trapo o montarán en cólera? A cualquiera de las dos reacciones invita la prosa falangista, súbitamente indignada ante las crueldades japonesas, conocidas del mundo entero, excepto la España franquista, que las descubre hoy; cuando Italia ha sido eliminada de la pelea; cuando Alemania está irremediablemente vencida; cuando el general Mac Arthur, fiel a su promesa, retorna victorioso a las Filipinas y amenaza al Japón. En ese momento es cuando la prensa de Franco cae en la cuenta de que las atrocidades cometidas por los japoneses merecen repulsa por atentatorias a los principios cristianos que el caudillo encarna y representa. Antes no. Antes el Japón era el pueblo vigoroso, de espíritu joven, llamado a ejercer la hegemonía política sobre Asia. Por la España franquista circulan algunos librejos que lo proclaman. Uno de ellos, escrito en castellano macarrónico por un señor que se apellida Tato Cumming, fué dedicado a realzar la gran función civilizadora que el Japón está realizando en China, pueblo degenerado y vil —según el señor Cumming— que gracias a la provechosa tutela del Japón va resurgiendo a nueva vida. En China es donde los japoneses han destruído, arrasado, robado y violado más desaforadamente que en ninguna parte, pero de eso tampoco sabía nada la España franquista antes de ahora. Seguiría sin saber aún si se tratara de China solamente o si las cosas hubieran ido para el Eje tan felizmente como auspiciaban las crónicas franquistas. Pero ocurre al revés. Y la fina sensibilidad falangista, que no se conmueve con los fusilamientos de los españoles, se revela repentinamente alarmada por lo que acontece en las regiones distantes del Pacífico. Incluso hablan los periódicos franquistas de un rompimiento de relaciones diplomáticas con el Japón, como si, buena o mala, la conducta de los japoneses tuviera algo que ver con los intereses de España. Rísum teneatis...

Confesamos que lo que más nos irrita en la farsa franquista es lo burdo de los recursos puestos en juego. Las pillerías, cuando se acompañan de habilidad, parecen más tolerables. La conversión de Franco hacia las democracias es de tal manera zafia que produce asco. El "chantage" que ahora pretende sobrepasa ya toda medida y desafía todas las pruebas de la paciencia. Intenta cambiar tejos de plomo por onzas de oro y supone que aquellos a quienes ofrece la partida son lo suficientemente imbéciles para aceptarla. En el supuesto, que no en el intento, está la ofensa. Porque, al cabo, el hecho de que Franco sea un bellaco, no le autoriza a imaginar que los demás sean tontos de capirote. Y a eso equivalen sus refunfuños acerca del Japón. La treta no puede ser más candorosa: se levanta estandarte contra los japoneses, ya que en ello no hay riesgo ni perjuicio ninguno, y se les brinda la faena a las NN. UU. como prueba concluyente de que el régimen franquista está solidarizado con la causa de las democracias. Por consecuencia, merece que se le respete y ayude. Y todos contentos. Franco podría seguir fusilando inocentes y arruinando a España sin perjuicio de ser admitido en la comunidad internacional, como si sus títulos no fueran los de un traidor vil y sus manos no estuvieran manchadas por la sangre. Y quién sabe si la primera recompensa fuera ya la de sentarse a la mesa de la Conferencia de San Francisco... Sencilla y perfecta. Falta saber si el caudillo acierta en su previsión de que el mundo está gobernado por tontos o por malandrines como es él. Desgraciadamente la experiencia le ha estado dando hasta ahora la razón...

GULLIVER ENTRE LOS GIGANTES



Thomas en el Detroit *News*.

DOS CABLEGRAMAS

La Junta Española de Liberación felicita al presidente de Guatemala

MEXICO, 16 DE MARZO.
DOCTOR JUAN JOSE AREVALO, — PRESIDENTE DE LA REPUBLICA, — GUATEMALA.
LA JUNTA ESPAÑOLA DE LIBERACION FELICITALE CORDIALMENTE AL OCUPAR LA PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA, POR VOLUNTAD LIBREMENTE EXPRESADA DEL PUEBLO GUATEMALTECO — ALVARO DE ALBORNOZ, PRESIDENTE — INDALECIO PRIETO, SECRETARIO.

GUATEMALA, 19 DE MARZO.
ALVARO DE ALBORNOZ — PRESIDENTE DE LA JUNTA ESPAÑOLA DE LIBERACION — MEXICO
AGRADEZCOLES SU ATENTO MENSAJE. — FRATERNALMENTE CON USTEDES — JUAN JOSE AREVALO.

En Monterrey

El Centro Democrático Español, eligió nueva mesa directiva

Monterrey, marzo 18. — El Centro Democrático Español eligió nueva Junta Directiva, que ha quedado constituída por los señores siguientes: Dr. Honorato de Castro (Presidente), de izquierda republicana; Ing. José Salinas Iranzo (Secretario), de izquierda republicana; Sr. Lucas Morroig (Tesorero), de izquierda republicana; Dr. Juan Company Jiménez (Primer Vocal), del Partido Socialista, y Dr. Daniel Mir (Segundo Vocal), sin filiación política de partido, pero republicano.

La Junta Directiva presentó sus respetos al Gobernador constitucional del Estado, Lic. Arturo B. de la Garza, que agradeció la visita con frases muy afectuosas.

UN MENSAJE A LOS CANCILLERES DE CUBA Y GUATEMALA

Firmado por el Presidente y el Secretario del Centro Democrático español, señores Dr. Honorato de Castro e Ing. José Salinas Iranzo, fué enviado el mensaje telegráfico que transcribimos al final de esta nota, a los señores Ministros de Relaciones Exteriores de las Repúblicas de Cuba y Guatemala, según se acordó en la misma junta que, para la elección de los nuevos dirigentes, se celebrara.

El mensaje dice:

"Centro Democrático de Monterrey muéstrale su gratitud felicitándole por su proposición de ruptura con gobierno falangista español satélite del Eje.

"Suplican y esperan al propio tiempo gestiones incluyan orden del día próxima reunión de Cancilleres en San Francisco, discusión eliminada ahora por faltar tal requisito.

"Saludámosle cordialmente. — El Presidente, Dr. Honorato de Castro. — El Secretario, José Salinas Iranzo". — CORRESPONSAL.

FIGURAS DESAPARECIDAS

Aurelio Blasco Grajales

En los primeros meses de estancia en el exilio, nos llegó la noticia de que Don Aurelio había muerto en la enfermería de la Cárcel Modelo de Valencia, a los noventa y siete años de edad. El malogrado Miguel San Andrés, que se encontraba en la misma enfermería, me hacía llegar la triste noticia por conducto que no es del caso revelar.

Blasco Grajales era un viejo federal valenciano, luchador infatigable, de limpia historia política. Cuando la última guerra civil del siglo pasado, combatió a la reacción, como coronel de milicianos. En el movimiento cantonal, fué ministro 24 horas. Después, no ha dejado un momento de luchar por los ideales de Libertad. Abogado de profesión, vivió siempre muy modestamente, porque su despacho siempre estuvo al servicio de los trabajadores perseguidos o de la gente humilde.

En todo el período de nuestra guerra vivió en Torrente, en casa de unos parientes lejanos, pero ni un solo día dejó de acudir a Valencia a su tertulia habitual. Incluso los primeros días del movimiento, habiéndose suspendido el servicio de tranvías y autobús, este hombre de naturaleza de hierro, con sus 94 años, hacía a pie los ocho kilómetros que separan a Torrente de Valencia. Don Aurelio me decía: Los hombres de Izquierda Republicana, que hicieron posible constase en la Carta Constitucional la palabra "federable" espero que algún día rematen su obra haciendo una Constitución federal". Otras veces añadía: "Yo siento gran afecto por Izquierda Republicana, no sólo porque en ella se encuentran muchos amigos que proceden del campo federal, como Pedro Vargas, Juan Conejero, Montañés, y otros, sino porque veo en la fuerza de este Partido, el instrumento republicano que de una manera evolutiva ha de convertir en realidad mis propios ideales".

Allá por el primer año de guerra, un día vino a buscarme a casa. Un incontrolado, o revolucionario de última hora, había practicado un registro en su casa y penetrando en su habitación se le había llevado el sable, dos pistolones y un fajín que él conservaba como recuerdo de sus admirables proezas. No podía ocultar su indignación. Si llego a encontrarme yo en casa, me hubiesen oído, decía. "A lo mejor estos furibundos están cansados de arrastrar cirios por las sacristías".

Yo le tranquilicé y le prometí recuperar tan valiosos recuerdos. Efectivamente, después de unas indagaciones supe quiénes habían cometido tal error y comprobé que no se había equivocado mucho Don Aurelio al juzgarles. Recuperé el sable, las pistolas y el fajín, y tuve la satisfacción de haberle dado una buena alegría al verse de nuevo en posesión de aquellos estimables recuerdos.

La última vez que le vi, ya en el año 1939, fué con motivo de la conmemoración del 11 de Febrero. Se celebró el acto en la Casa de los Veteranos de la República. Aun sabiendo todos que era el último que celebrábamos, asistió la solera del republicanismo valenciano. Todos los más viejos luchadores estaban presentes. Los hombres que desde finales del siglo pasado habían sido la vanguardia del libre-pensamiento, del laicismo, los animadores de la Escuela Moderna, los defensones de causas perdidas", los fundadores de la Liga de los Derechos del Hombre, que constituían el baluarte valenciano de la Libertad, estaban todos allí, como un solo hombres. El ex Ministro Julio Just y yo asistimos en representación de I. Republicana. Presidía Blasco Grajales. Para mí, tal vez el más joven de los reunidos, resultó de una emoción tal que no la olvidaré jamás. Julio Just, con la elocuencia que le caracteriza, rindió un caluroso homenaje en la persona de Don Aurelio, a todos los viejos republicanos presentes. Con una emoción tan fuerte que le hacía temblar la voz, contestó don Aurelio, cerrando el acto. Sus palabras fueron de esperanza y de fe en el futuro de España, dando un grito de ¡Viva la República! que contestaron con fervor todos.

Cuantas veces he pensado en esta escena, no he podido olvidar aquellos viejos rostros, serios, que medían el alcance de los acontecimientos que se precipitaban, con serenidad. Otra vez —pensarían— se nos va, se nos esfuma el fruto de nuestros largos sacrificios; pero ellos no perdían su fe. La República volvería, aunque ellos se hubiesen marchado ya para siempre. ¿Qué sería España si no hubieran existido estos viejos republicanos que, con su lucha tenaz, abrieron los caminos a todas las ideas generosas de Justicia y Libertad?

Mes y medio después se había perdido la guerra, y el falangismo consideraba, con sus noventa y siete años, tan peligroso a don Aurelio, que lo metía en la cárcel. También me he enterado, luego, de que algunos de aquellos que le requisaron el sable y las pistolas se pasean tranquilamente por las calles de Valencia, a lo mejor para seguir arrastrando cirios por las sacristías, como decía don Aurelio.

Nuestro viejo amigo murió satisfecho de sí mismo. Después de una vida larga de lucha, moría perseguido, moría encarcelado, pero dejando a la posteridad una obra, una conducta, un ejemplo.

F. BATALLER.

Argel, Africa del Norte.

Unter den Linden

El príncipe cretino, ex requeté, ex falangista, ex aspirante a soldado de Franco, ha vuelto a pedirle al generalísimo que dimita para que él, el príncipe don Juan, pueda hacer la felicidad de los españoles, como la hicieron su padre y los padres y abuelos de su padre, dignos antecesores de tal hijo. Pero es tarde. Por disputarse los pretendientes una corona que las reinas prostituían con sus amantes, ha llevado España corona de espinas durante siglos que han llenado el alma española de odio a la patulea real.

SAPOS CON SOTANA

La ponzoña clerical contra la República

No es cierto que la República haya perseguido nunca a la Iglesia católica, aunque otra cosa digan los jeremías sacristanescos, pero en cambio sí es rigurosamente exacto que el peor enemigo que la República tuvo fué —y sigue siendo— la Iglesia. Alentó el levantamiento militar, lo patrocinó, lo bendijo, lo santificó y lo justificó a los ojos de los extraños con una infame propaganda que difundió casi toda la prensa católica del mundo. Y aun ahora, cuando ya la verdad se ha abierto paso y el régimen franquista se derumba bajo el peso de sus crímenes y torpezas, la conjura clerical se obstina en sostenerlo a la vez que injuria a la República y a sus hombres. El texto que transcribimos, publicado por un bondadoso presbítero en un periódico de Buenos Aires, no puede ser más expresivo. Luego, cuando la República haya sido restablecida, estos sapos con sotana pedirán que se les guarde respeto.

"La gente, en su inmensa mayoría, sigue sin tener la menor idea de lo que en realidad ocurrió en España. Durante la Guerra Civil española carecimos, casi en absoluto, de auténtica información fidedigna. Pasan del millar las publicaciones cotidianas que ven la luz en el país. De entre tantas, no llegaron a una docena las que, sin claudicaciones, más o menos inconfesables, informaron de un modo exacto y verdadero. Por cierto que cuando en agosto del año 1938, viajando yo por Portugal y España, me entrevisté en Sevilla con monseñor Eijo y Garay, obispo de Madrid, recibí de tan insigne prelado el especial encargo de hacerle presente al director del diario "El Pueblo" de Buenos Aires su personal criterio, "reflejo—palabras textuales—de otros obispos españoles", de corresponder a este diario de los católicos argentinos el supremo honor de haber sido, sin duda, el único diario no sólo de la Argentina, sino de toda la América hispana, que desde el principio de la contienda libertadora "había dicho la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad".

Sigo diciendo que: la llamada Segunda República Española, considerada como episodio histórico, ha sido la peripecia más espantosa y sangrienta que registra la Historia Universal Contemporánea. Nunca antes, en el mundo, a no ser en Rusia, se han cometido tan diabólicas atrocidades como se cometieron en España durante el período nefasto del dominio rojo. Pero lo más grave de todo —vuelvo a insistir— ha sido el que mucha gente no se ha enterado ni ha querido enterarse. He conocido sacerdotes que no han creído en los datos oficiales suministrados por la Oficina de Investigación del Vaticano, acusando el escalofriante saldo de 11 obispos y 16,752 sacerdotes, religiosos y religiosas asesinados. Pero la verdad histórica es por sí misma verdadera, créase, o no, en ella. Y ahí están las listas oficiales de las Curias, como están aún, convertidas en museos, las "checas" famosas, "cuarto caballo del Apocalipsis", en frase del escritor Salaverría.

Y en la batalla de "Las Dos Banderas" en que la Guerra Civil española, exactamente, consistió, FRANCO puso en fuga a los legionarios de Satán, que al huir al extranjero con el botín de sus rapiñas y el oro de los Bancos asaltados, no pudieron constituir entonces, ni constituir ahora, uno de tantos gobiernos en exilio como por el mundo andan desparramados. Los que huyeron no fueron gobernantes (pues nunca gobernaron), sino una vulgar pandilla de ladrones y de asesinos, alquimistas que habían pactado con Satanás para pagarle con sangre española su infernal contubernio.

Jacinto Benavente, en una carta fechada el 6 de noviembre del Año de la Victoria, entre otras cosas me dice: "...No dudo que se haya discutido mucho mi actitud durante la guerra, pero ¿es que no sabían como he pensado siempre? Cierto que nunca he sido derechista, pero izquierdista de ladrones y asesinos, menos; y eso eran nuestros rojos, empezando por sus gobiernos, que eran lo más bajo y abyecto del régimen, sin valor personal, que es la menor cualidad que puede tener un capitán de bandidos. Lo que no comprendo es cómo la opinión en América ha podido estar tan engañada y creer que los rojos representaban aquí una idea: la de robar, no era otra su idea. ¡Ah! Si hubiera sido cuestión de ideas..."

Pues bien: Miguelito Maura, el ministro "católico" que asistió impasible a los primeros incendios de las iglesias de Madrid luego de haber ordenado a la policía que "en ningún caso molestara al pueblo"; Miguelito Maura el que firmó el auto de prisión contra el cardenal Segura; Miguelito Maura, digo, y toda la chabacana cochambre de los que no sirvieron —según la frase de Benavente— ni "para capitanes de bandidos", no pueden soportar el espantoso fracaso de su inferioridad resentida. Ellos, los demagogos del traje de etiqueta, como le llamaban al frac (de guardarropía...); ellos, los que en las grandes solemnidades de la República iban en "un landó de ésos... con los lacayos sobre los caballos" (querían decir que iban en una carroza real a la Grand d'Aumont); ellos... no pueden resignarse a la idea de vivir siempre en el destierro, y nostálgicos del boato ministerial y de aquella cursilería de los banquetes "de gala", dados en el Palacio de la Monarquía, usando, por supuesto, la vajilla del Rey, con la corona real y las cifras de Alfonso XIII, y de aquellas fastuosas cenas diplomáticas en que Doña Pura, la esposa del presidente, muy abatatada, hacía el papel de Reina, y sus hijas el de Infantas, y en las que muchos invitados se llevaban las cucharillas de oro (rigurosamente histórico). No pueden, digo, resignarse aquellos jacobinos salidos de la cacharrería del Ateneo, al prolongado ostracismo de su espantosa derrota. Y así, ahora, aprovechando que está el río revuelto, han querido jugarse el último cartucho de su desesperada esperanza. Y las declamaciones de Maura, y su amenaza a Franco para que "por las buenas" le entregue España para un tercer ensayito de República, donde acaben con lo poco que dejaron en pie; y la convocatoria para las Cortes de México, donde los "diputados" supervivientes se reunirán en Parlamento para designar un nuevo "Presidente" interino (¡y tan interino!...), etc., etc., todo ello no viene a ser más que una representación de payasos..."

EN EL CENTRO REPUBLICANO ESPAÑOL

MARCELINO DOMINGO Y EL REPUBLICANISMO

Como habíamos anunciado a nuestros lectores, publicamos a continuación el texto íntegro del magnífico discurso que el pasado día 14 desarrolló en el Centro Republicano Español don Alvaro de Albornoz en memoria del ilustre republicano Marcelino Domingo, muerto hace seis años. Previamente disertó elocuentemente don Tomás Ballesta, en nombre de las Juventudes de Izquierda Republicana. Al acto asistió un público numerosísimo, en el que figuraban las más destacadas personalidades republicanas, así como los miembros de la Junta Española de Liberación. Presidió don Manuel Alvarez Ugena.

El republicanismo español, señoras y señores, el republicanismo español, del cual se exhiben ahora como hombres representativos muchos que comenzaron a oír hablar de él en vísperas de 1931, tiene más de siglo y medio de historia. Ya en 1796, en plena monarquía borbónica, se descubrió en Madrid una conspiración republicana, la famosa conspiración de San Blas, obra de un profesor medio loco que se apellidaba Picornel, en unión de otros exaltados por el estilo. Ni qué decir tiene que fueron condenados a la horca; pero les salvó la vida el embajador de la República francesa, quien intercedió cerca del gobierno español, expresándole que no era posible ajusticiar a nadie por delitos políticos. Aquel maestro, aquel Picornel y sus compañeros de conspiración, fueron deportados a América, que entonces era, en conjunto, una colonia de España. De aquella época datan ya en los cementerios de América los huesos de los republicanos españoles.

LOS PROCERES Y LA REPUBLICA

Las ideas republicanas continuaron bullendo en el cerebro de los exaltados de aquellos lustros, y en 1840 el partido republicano tiene ya una organización. La forman, más que el elemento popular, los exaltados de las capas intelectuales, gentes del ejército y algunos nobles. Había entonces en el republicanismo poetas como Espronceda y próceres como el turbulento conde de las Navas. Por cierto que este penacho aristocrático no le falta nunca al republicanismo español. En la minoría republicana de las Cortes constituyentes de 1869, entre todos aquellos republicanos insignes se sienta el marqués de Albaida, aquel don José María Orense de quien decía Castelar que recordaba por su sencilla elocuencia al apólogo del Evangelio. Y más tarde, uno de los mejores amigos de don Francisco Pi y Margall es el marqués de Santa Marta.

Hay en "Lo Cursi", la preciosa comedia de Benavente, una escena en que uno de los personajes, un noble, refiriéndose, no recuerdo bien a qué hecho del pasado, le dice a otro: "Entonces los nobles, los verdaderos nobles, éramos liberales. Ahora los que todo lo deben a la libertad, reniegan de ella." Y así es; así es. En el liberalismo español han militado las más insignes figuras de la aristocracia española; aquel egregio duque de Rivas; el marqués de la Vega de Armijo, que cuando va a entregarse a él Pérez del Alamo, el sublevado de Loja, le proporciona una puerta excusada del ministerio de la Gobernación para que ponga en salvo su vida; el marqués de Sardoal, que increpa a Cánovas en las Cortes constituyentes de 1876 porque escamotea al debate de los diputados el título primero de la Constitución; todavía bien recientemente, al frente de manifestaciones populares en Madrid, o irguiéndose en la tribuna para acusar los delitos de la monarquía, nobles como el marqués de Cabriñana y como el conde de las Almenas. Era menester que llegaran estos tiempos de degeneración en las alturas del espíritu español para que se produjera el espectáculo vergonzoso de un duque de Alba nada menos poniendo sus blasones al servicio de la plebeya y soez demagogia fascista. (Muy bien. Aplausos).

La primera vez que el republicanismo español se manifiesta como una importante fuerza nacional es con ocasión de la revolución de 1868, de la Revolución de Septiembre. En el debate sobre la forma de gobierno, se pronuncian contra la monarquía 62 votos. Por la evolución de los sucesos políticos, tan rápida, tan vertiginosa, de aquellos días, de una manera rara y extraña, por una conspiración de la sociedad, de la naturaleza y de la historia, que decía Castelar, fué proclamada, el 11 de febrero de 1873, por el Senado y por el Congreso unidos, la primera República.

La característica de aquel republicanismo es la ingenuidad y el candor. El nuevo régimen se halla rodeado de peligros, con una base republicana muy poco amplia en que asentarse, en medio de conspiraciones permanentes; con un ambiente hostil en la prensa, singularmente en la internacional, verdaderamente extraordinario. Un periodista francés telegrafía cierto día a su diario de París lo siguiente: "Se va restableciendo la calma. Hoy no han sido asesinados más que tres generales y un obispo. Sevilla, apedreados extranjeros. Pí amenazó Castelar con revólver en Consejo de Ministros. Ex alcalde Rivero se nacionaliza alemán". (Risas).

RECURSOS A LA LEGALIDAD

En medio de aquellas circunstancias tan difíciles tenía el romántico republicanismo de 1873 la buena fe que tuvo siempre el republicanismo español.. Cierta mañana fueron a visitar a don Nicolás Salmerón, que era entonces presidente de las Cortes, unos cuantos diputados, entre los cuales figuraba un paisano mío, el viejo republicano don José María González Alegre. Fueron a decir a don Nicolás que se conspiraba en todas partes; que, de un momento a otro, Pavía iba a levantarse contra la República. A lo que don Nicolás repuso: "No puede ser, no se sublevará. Me lo ha jurado con la mano puesta en la cruz de la espada." Poco tiempo después las tropas irrumpían en las calles de Madrid, se extendían por la Carrera de San Jerónimo, llegaban a las puertas del Congreso e intimaban la disolución del mismo a su presidente. Y no muchas horas más tarde un embozado cruzaba misteriosamente en la noche las calles de Madrid. Era el egregio ex presidente de las Cortes, don Nicolás Salmerón, que iba a depositar en el buzón del Tribunal Supremo un pliego, un recurso contra el atentado cometido por Pavía contra la soberanía nacional.

El hecho tenía precedentes. Ya había ocurrido algo semejante a los republicanos franceses de 1848. En 1851 se avecinaba el golpe de Estado en el que pensó desde el primer instante en que fué elegido presidente de la República Luis Napoleón. Llegó un momento en que ya todo estaba preparado para la violencia, designados los puntos estratégicos que debían ocupar las tropas, extendidas las listas de proscripción, redactados los decretos que iban a fijarse en los muros de París, acordada la disolución del Parlamento y la prisión de los diputados más influyentes. Y entonces se levantaba en la Cámara el viejo y noble republicano Michel de Bourges para decir: "No hay peligro alguno, y si lo hubiera aquí hay un centinela para protegernos: ese centinela es el pueblo". A las pocas horas la representación más elevada del Parlamento francés iba con otro recurso al Tribunal de Casación, el más alto de los tribunales del país.

Luego, mucho más tarde, casi recientemente, en estos últimos años, otro espectáculo parecido en país más apartado de nosotros. Alemania iba ya camino de la dictadura hitleriana. Ya había gobernado en extrema derecha, principalmente por medio de decretos-leyes, Brüning. Estaba en el poder, era canciller del Reich, von Papen. Se levantaba todavía como una barrera, como un baluarte, el gobierno democrático-republicano de Prusia, formado por los socialistas y por los católicos, al frente del cual estaban Otto Braun y Severing. Von Papen apela a todos los medios para derrocar al gobierno de Prusia. No consiguiéndolo, llama un día a su despacho a Severing y a otros ministro, les comunica que están destituidos, disuelve la Dieta prusiana, y el gobierno de Prusia, que tenía en la mano todos los resortes del Poder, desde la policía a una sección del ejército, tampoco hace más que ir con otro recurso al tribunal de Leipzig, al tribunal del Reich.

¡Admirables varones, con su fe, con su superstición podríamos decir, del derecho y la ley! ¡Candor de la democracia republicana en contraste rudo con la mala fe, con la deslealtad, con la suspicacia, con la perfidia, con el espíritu traicionero de las gentes de reacción! ¡Admirables varones! ¡Admirémosles, pero no los imitemos! Jamás la soberanía nacional atropellada fué restablecida con patéticas invocaciones a la legalidad. No se sabe de ningún régimen legal derribado por la fuerza que haya sido restablecido por la vía contenciosoadministrativa. (Aplausos).

LUCHAS REPUBLICANAS

Con la restauración comienza la peregrinación republicana por el desierto. Cincuenta y tantos años, más de medio siglo de lucha. Buena lección para los impacientes de todos los tiempos. Cincuenta años de persecuciones. Los republicanos en aquel medio —muchos de vosotros no lo habéis conocido, pero yo sí— no podían vivir. Los abogados republicanos no tenían pleitos, los comerciantes republicanos tenían que cerrar sus tiendas, los aspirantes a cátedras republicanos no las obtenían, los jueces republicanos eran trasladados de un sitio a otro cuando no depuestos, los militares lo mismo. Y no digamos nada en las pequeñas localidades: las multas de la alcaldía, la injusticia en el reparto de consumos, la exacción brutal de las contribuciones hasta llegar a la ejecución y a la subasta pública de los bienes, las torpes sanciones maliciosas del Juzgado municipal al servicio del cacique.

Cuando se inician vías de fuerza, que ya entonces era republicana una numerosa parte del ejército, el sacrificio de las vidas: el teniente Cebrián, los cuatro sargentos de Santo Domingo de la Calzada, el capitán Mangado, el comandante Ferrándiz y el teniente Bellés son gloriosos precursores de Galán y García Hernández.

Luego había el desdén de los elementos intelectuales, no de todos, porque algunos estaban con nosotros, pero sí de la mayoría de ellos, que nos consideraban a los republicanos como unos románticos trasnochados o como unos sectarios incorregibles. Más de cincuenta años de lucha, de abnegación, de sacrificio, más de cincuenta años de fe irreductible, inquebrantable, en los ideales. De esa solera, que diría Fernando de los Ríos, salió el vino generoso de 1931; de ese diamante brotó la chispa que fulminó el trono de don Alfonso XIII.

EL REFORMISMO

El republicanismo español tiene ocasión, por vez primera, de convertirse en republicanismo nacional el 98, cuando la pérdida de las colonias, la catástrofe que origina la revulsión que todos sabéis en la conciencia española. Entonces se produce el gran movimiento republicano de 1903 acaudillado por Salmerón. Pocos años después, el sentido político y el patriotismo de Pablo Iglesias hacen que se constituya la fuerza democrática más importante de España hasta entonces, la conjunción republicanosocialista. ¡Ah!, pero al paso de este gran movimiento sale la felonía borbónica. Un buen día el rey, que ya era el primer agricultor, y el primer ganadero, y el primer industrial, y el primer soldado, y el primer marino de España, se despertó diciendo que él iba a ser el primer republicano de España, dispuesto incluso a poner su espada al servicio de la República. Y así se lo dijo en el aperitivo, entre whisky y whisky, a su contertulio el pintor Sorolla. El pintor Sorolla va y se lo cuenta al doctor Simarro. El doctor Simarro va y se lo cuenta a don Melquiades Alvarez. Don Melquiades Alvares reúne el consejo de su partido, y nace el reformismo en aquel banquete, casi pantagruélico, del Palace —las bodas de Camacho del reformismo con la monarquía—, para desvanecerse al poco tiempo en las cervecerías de la Plaza de Santa Ana, donde un reformista maldiciente, que definía a los suyos como los técnicos de la espera, me decía a mí en la ocasión en que el reformismo acababa de entrar en el Poder con cuentagotas: "Nada, amigo, el ideario diluído y la zona de la concupiscencia, limitada".

El republicanismo de los años que van a venir es un yermo. Melquiades Alvarez proclamaba la accidentalidad de las formas de Gobierno. Lerroux proclamaba, mejor dicho, practicaba, la accidentalidad de la vergüenza. (Risas). El republicanismo militante había quedado reducido al sesteo en el Congreso de unas minorías mediocres encasilladas por el Ministerio de la Gobernación. De estas minorías lamentables formaban parte diputados como uno que en cierta interpelación sobre la tala de árboles en Madrid, entusiasmándose ante su buen éxito en la Cámara, llegó a decir: "Ah, señores diputados!, porque es una vergüenza ver cómo se derriban árboles seculares de treinta y cuarenta años". (Risas). Y como otro —por cierto con la monomanía de ser ministro ya por aquel entonces—, que teniendo que ir cierto día a visitar a sus correligionarios, les envió por delante un telefonema de esta guisa: "Llegaré mañana, pero no preocuparse que voy *de inepto*". (Risas).

MARCELINO DOMINGO

A esto, ausentes de la Cámara los viejos grandes tribunos republicanos y no habiendo llegado aún los jóvenes tribunos socialistas, había quedado reducida la oposición republicana en el Parlamento español. Y este es el momento en que irrumpe en la vida pública española, el momento en que se incorpora al republicanismo español, nuestro inolvidable amigo Marcelino Domingo.

No es mi propósito hacer en este acto un estudio detenido de la gran personalidad de Marcelino Domingo. El tiempo, por otra parte, no lo consentiría, y habré de limitarme a una corta semblanza. Marcelino Domingo era catalán y nació en Tortosa. Nació en Tortosa, en aquel pedazo de tierra catalana tan hermosa que linda por un lado con Aragón y por otro con Valencia, por donde desemboca el Ebro, el río castellano. Marcelino Domingo era catalán por su madre y castellano por su padre; era tan catalán como español, era un gran catalán y un gran español, como sus maestros en republicanismo Figueras y Pí y Margall. Se había formado en el ambiente republicano de aquella Cataluña sin el cual no se hubiera explicado el republicanismo en la historia de España. Fué compañero de Companys y de Layret, formando aquel trío de tan alta significación en las luchas políticas y sociales de su tiempo. Al rendir tributo a Marcelino Domingo hay que rendírselo también al republicanismo catalán.

Yo he dicho alguna vez, y quiero recordarlo ahora, que las ideas modernas, democráticas, revolucionarias, entran en España por el litoral, y singularmente por dos puntos de él, por Cádiz y por Barcelona; prenden en los volantes de las máquinas de Barcelona y en los cortijos de Andalucía. El catalanismo, pues, de Marcelino Domingo, es integrante de su cepa republicana. No hace falta insistir en ello.

UN MAESTRO

Marcelino Domingo era, ante todo y sobre todo, un maestro; era un maestro laico. Marcelino Domingo creía, como han creído todos los grandes pedagogos, que el fundamento de la ciudadanía son las primeras letras, que despiertan las primeras emociones civiles y políticas. La

carrera pública de Marcelino Domingo comienza adoctrinando niños en su escuela de Tortosa, y cuando luego es un político y llega a ser un gran orador, que lo era, y se manifiesta ante las multitudes en sus arranques tribunicios, Marcelino Domingo sigue siendo un maestro; su palabra calmosa, reposada, serena, tenía el orden, el método, la claridad, la lógica de la lección del maestro. Cuando habla, repite con frecuencia. Es el tono reiterativo de las cosas que se dicen enseñando para que queden bien grabadas, y hasta en sus más grandes arrebatos de la tribuna hay siempre en su palabra la responsabilidad, la precaución, la cautela del que al hablar quiere, ante todo, adoctrinar y enseñar.

Pero este maestro, que no deja de serlo ni aun cuando es tribuno, es también un combatiente. Y una buena tarde un muchacho con aire de seminarista aparece en los escaños rojos del Parlamento, y con palabra tranquila, sin desplantes ni violencias, denuncia los escándalos y las orgías de nuestra administración y de nuestro ejército en Marruecos. Aquel muchacho era Marcelino Domingo, que entonces nace a la celebridad de España; era Marcelino Domingo, que entonces va a comenzar a ser una bandera del Partido Republicano, tan venido a menos como antes os decía; era Marcelino Domingo, a quien la popularidad conduce a las andanzas revolucionarias, a los ultrajes del cuartel de Atarazanas, a la prisión en el barco de guerra, de donde sale su nombre glorificado como uno de los más excelsos de la democracia española.

La actuación de Marcelino Domingo quedará en la historia del republicanismo español como uno de los más hermosos ejemplos de apostolado. Porque además de inteligente era bueno y era humilde. Lo cual digo con la emoción que ello me inspira a mí, que después de haber releído tantas veces el poema del poeta mi paisano "Los buenos y los sabios", sin dejar de estimar a los sabios, amo entrañablemente más cada vez a los buenos. La actuación de Marcelino Domingo, digo, quedará en la historia del republicanismo español como uno de los más hermosos ejemplos de apostolado. Escribía y hablaba; escribía en los más grandes periódicos de Madrid, en los más importantes de Barcelona y de Valencia, y no se desdeñaba de enviar su colaboración, hecha con el mismo esmero, a los más humildes y menos importantes semanarios locales. Se levantaba, y era escuchado y respetado, en la tribuna del Parlamento español, en la de los Ateneos de Madrid y de Barcelona, en la Sociedad El Sitio, de Bilbao, y no desdeñaba las tribunas más humildes en medio de los labriegos de Cataluña, de Castilla o de Aragón, o de los pescadores de Málaga o de la Coruña. Viajaba, y viajaba infatigablemente. Le conocían todos los trenes, todas las diligencias, todas las tartanas de España; como le conocieron igualmente todas las cárceles. Y además de esto, de su palabra, de su pluma, de su actividad política, fué un ejemplo, allí, en aquel rinconcito de la plaza de Bilbao, rodeado de libros; pobre, por no decir miserable, rindiendo con su conducta un tributo a esas virtudes excelsas del republicanismo histórico de que yo os hablaba y que han servido para mantener en la tradición del honor a varias generaciones republicana. (Aplausos).

HOMENAJE

La República otorgó a Marcelino Domingo la suprema recompensa: le hizo ministro, cuando ser ministro constituía una dignidad civil y política. Le hizo ministro del gobierno provisional, entre otros hombres ilustres como él. Y le dispensó el honor supremo que se puede otorgar a un maestro: le hizo ministro de Instrucción Pública. Y Marcelino Domingo sembró las escuelas a millares. Hizo cuanto pudo para elevar material y moralmente la condición del maestro, su compañero de trabajo y de ideales. Prestó un servicio inolvidable a la democracia española. Cuando se escriba la historia de la educación popular en España, el nombre de Marcelino habrá de ser inscrito en ella con letras de oro.

Los últimos años de la vida de Marcelino Domingo, por azares y complejidades de la política, por el desenvolvimiento de los sucesos de la guerra, fueron tristes. Aun tuvo arrestos para recorrer este continente americano defendiendo de pueblo en pueblo la causa de la República española. Y luego murió en Francia oscuramente, en hora en que iba a realizar una de esas abnegadas misiones a que su corazón era tan solícito. Murió oscuramente, pero esa soledad y esa tristeza no puede restarle a su nombre ni a su actuación gloria.

Rendirle este tributo es para mí —lo hago con todas las veras y todas las tristezas de mi alma—, una satisfacción a la vez del corazón y de la conciencia. En cierta ocasión, en el Cementerio Civil de Madrid, en unas palabras que yo tuve que pronunciar en homenaje a un ilustre amigo muerto, y las dije emocionado, manifesté que admiraba a muchos grandes republicanos por su talento, por su cultura, por su elocuencia; pero que sólo respetaba a tres: a don José Nakens, Roberto Castrovido y Emilio Menéndez Pallarés. Y ahora os digo algo análogo. Entre las grandes figuras de la política de mi tiempo a las cuales he tratado he admirado a muchas. Cariño de cierta naturaleza, cariño de compañero, de camarada, sólo se lo he profesado a Marcelino Domingo. Imaginad, pues, con qué emoción de mi alma le rendiré yo este homenaje aquí, al lado de esta bandera que envolvió su féretro. Vaya, queridos amigos, a aquella tumba solitaria y gloriosa de Toulouse, el homenaje fervoroso, con el corazón entero, de toda la emigración republicana española. (Ovación).

MISION DEL PARTIDO REPUBLICANO

Marcelino Domingo fué fundador, con Gabriel Alomar, conmigo y con otros ditinguidos republicanos, algunos muy ilustres que veo entre vosotros, del Partido Radical Socialista cuya función no se ha agotado, y que al fundirse, con otros elementos, con los de Acción Republicana, para constituir el Partido de Izquierda, sigue siendo como la esencia de la doctrina de la Agrupación de Izquierda Republicana Española. Partido, repito, cuya misión no se ha extinguido.

Entre los acontecimientos sociales, en relación con los políticos, que se han producido en los últimos cincuenta años, en el último medio siglo, hay que señalar el fracaso de las Internacionales. Fracaso, a consecuencia de las rivalidades entre Marx y Bakunine, y por la persecución de los gobiernos de la época, de la Primera Internacional. Fracaso, en el ámbito de la primera guerra mundial, de la Segunda. Fracaso, con ocasión de este nuevo conflicto, de la Tercera. No es que haya fracasado el Socialismo como idea, como espíritu, como civilización. La civilización socialista es la civilización de hoy y la civilización de mañana. Pero han fracasado, y necio sería no reconocerlo, ciertos procedimientos. Y el mundo convulso de estos días no tiene delante de sí sino la reforma social por los procedimientos de la democracia. En este camino, ¿para qué hablar de la misión trascendental que le incumbe al Partido Socialista? Pero en este camino tiene también una misión trascendental que realizar el partido republicano; porque no es ni exclusiva, ni principalmente, un partido proletario; porque no representa de una manera esencial a una clase; porque en sus aspiraciones y en sus anhelos confluyen varias: trabajadores, de clase media, intelectuales. Y un instrumento así tiene la misión histórica de ser el centro de gravedad de la sociedad española. *(Muy bien. Aplausos).*

Este centro de gravedad se desviaría peligrosamente si el republicanismo incurriera en el error de pretender congraciarse con las incorregibles, impenitentes y recalcitrantes derechas españolas.

LAS DOS ESPAÑAS

Es una tragedia infinita sin duda. A ella aludía en la gran conferencia que pronunció en este mismo sitio no ha muchas semanas, don Fernando de los Ríos. Es una tragedia la yuxtaposición, que no la convivencia, de esas dos Españas. Esa tragedia está magníficamente reflejada en uno de los libros más emocionantes que yo he leído últimamente, emocionante sin duda, hondo, profundo a la vez que elevado, a la vez que discreto, lleno de suaves matices, "Las dos Españas", de Fidelino de Figueiredo. Es una tragedia. ¿Y quién de entre nosotros no querría alcanzar, por cualquier medio posible la síntesis armoniosa entre esas dos Españas? ¡Ah, pero el no haber obtenido hasta ahora esa síntesis no es nuestra culpa! ¡Son ellos los culpables, los de las persecuciones tremendas; son ellos, los de las represiones feroces; son ellos, los de las dictaduras bestiales; los del verdugo, los de la cárcel, los del patíbulo, los de la cuerda de presos, los de los campos de concentración! Y no hay manera, por mucha cordialidad que pongamos, de entendernos con ellos. Ellos escarnecen a Sanz del Río y se burlan de don Francisco Giner, y nosotros admiramos a Menéndez Pelayo como una de las glorias más altas de la ciencia española; ellos denuestan a Salmerón; nosotros enaltecemos a Vázquez de Mellaá nosotros admiramos a Pereda y leemos con deleite "Peñas Arriba", y "Sotileza", y "El sabor de la tierruca", y ellos zahieren a "Clarín", porque no pueden perdonarle el haber escrito "La Regenta"; y a Galdós, porque no pueden perdonarle el haber escrito "Doña Perfecta", y "Gloria", y "Electra". Nosotros rendimos el tributo de nuestra admiración cuando hay un prelado insigne, como aquel Sanz y Forés, obispo primero de Oviedo y después arzobispo de Sevilla; y ellos atormentan a Jacinto Vardaguer. Nosotros coronamos las sienes de un poeta nacional como Zorrilla, y ellos, cuando se encuentran con un poeta del pueblo como García Lorca, lo que hacen es levantarle la tapa de los sesos. Y cuando la suerte les depara, por un error, por un extravío de su espíritu, a un don Miguel de Unamuno, lo que hacen es insultarle, atropellarle y hacerle enfermar, hasta ser los responsables, los causantes de su muerte física. Son ellos los que representan la intransigencia feroz, la intolerancia brutal, la incompatibilidad hasta la eliminación. Ellos no conciben la solidaridad sino en forma de martillo y de yunque; el martillo ellos y el yunque nosotros. *(Aplausos).*

Ni desviación del republicanismo a la derecha, ni impunismo.

Yo creo que esto que digo puedo afirmarlo en representación de todas las fuerzas de la izquierda republicana española; pero por mi parte os declaro, empleando una frase que le era cara al padre de nuestro gran amigo Miguel Maura, que yo para ciertos menesteres no me siento idóneo. El drama de España no es como para pasar sobre él una esponja empapada en almíbar o en miel. La tremenda responsabilidad contraída en unos años por Franco es infinitamente superior a la contraída por dinastías enteras durante siglos. La figura más abominable de déspota y de tirano de la historia de España es la de Franco, con su alma de hombre frío, cruel, impasible, rival en esto de Felipe II, que se jactaba de que el sol no se ponía nunca en sus dominios, mientras él aspira a que no se levante nunca la noche de sus cementerios.

Impunismo, no; para él y para sus cómplices no la venganza, pero sí la justicia. *(Aplausos).*

LA VUELTA A LA PATRIA

Pocas palabras ya. Todas las emigraciones españolas han vuelto a la patria. Alguna vez para ser humilladas y escarnecidas; otras para ser admitidas, toleradas, perdonadas; en alguna ocasión para tardar muy poco tiempo en volver a ser expatriadas. Nuestra emigración no puede correr esa suerte. No puede ir allá, no ya a ser humillada y escarnecida, pero ni siquiera a ser tolerada y perdonada. A nosotros no hay nada que tolerarnos ni perdonarnos. Seríamos nosotros los que tendríamos que perdonar y los que seremos capaces de hacerlo después que hayamos realizado la justicia. *(Aplausos).*

Y al hablar de la vuelta de la emigración no puedo, queridos amigos, menos de pensar en los muertos; en los que se han ido quedando por todos los caminos del mundo. Se comprende que los que han salido de la patria de modo espontáneo y se han establecido por su voluntad en otros países, y han creado en ellos familia e intereses, y se han connaturalizado con su vida, se comprende que estos emigrantes duerman en el seno amoroso de estas tierras hospitalarias; pero la permanencia indefinida en ellas de aquéllos que fueron expulsados de la patria por sus perseguidores, ¡ah!, eso equivaldría a una proscripción eterna, a una proscripción histórica. Yo quiero imaginarme que nosotros no volveremos solos; quiero imaginarme la vuelta a la patria, de los que han caído en Francia, en una gran procesión cívica a unirse con los sacrificados en España por la tiranía. Y quiero imaginarme a los que han caído aquí, surcando el Atlántico en un buque de guerra, bajo el pabellón tricolor de la República y con todas las banderas republicanas de América desplegadas. Quiero imaginarme esto, y cuando lo pienso me digo que ello no puede ser ni un episodio ni una anécdota más de una lucha superficial, sino que la restitución a España de estas cenizas sagradas tiene que significar que en la política española se han acabado la edad de piedra y la edad de bronce, y que no volverá a producirse jamás el espectáculo de que tengan que huir de la patria, no ya rebeldes, no ya militantes políticos, sino ancianos gloriosos como Bolívar, como Zozaya, como Castrovido; y mujeres, y niños, bajo la amenaza del verdugo. Es menester, señoras y señores, que nos juramentemos para que eso no vuelva a producirse jamás *(Ovación).*

MASCARAS JAPONESAS

Alley en el Nashville *Banner*.

OMISION

Por omisión involuntaria, en nuestro número anterior dejó de aparecer al pie del trabajo titulado "Retablillo del cuento chino" la firma de su autor, el prestigioso periodista, colaborador de nuestro semanario, Juan B. Climent.

EXPERIENCIAS Y TEORIAS

El trust, el cartel y la dictadura

1918 se diría el reverso de 1814-1815. Las fuerzas de la reacción han quedado, no ya vencidas, sino, aparentemente al menos, aplastadas. La vieja Rusia es demolida por la revolución. Son derrocados los Hohenzollern y los Habsburgos y es proclamada la República en Berlín y en Viena. Surgen nuevos Estados democráticos como Polonia y Checoeslovaquia. La revolución proletaria sacude a la feudal Hungría. Aun en los países que fueron neutrales en la guerra, las fuerzas democráticas, enardecidas por la victoria aliada, se sienten llamadas a las más brillantes realizaciones. Las nuevas constituciones europeas, la de Weimar, la de la República austriaca, proclaman, al lado de los principios del liberalismo clásico, los mayores avances en materia social. Y una nueva política internacional, encaminada a la abolición de la guerra, parece inaugurarse bajo los mejores auspicios. En vez de la Santa Alianza, la Sociedad de las Naciones. En vez de un mundo caduco dirigido por las viejas dinastías en nombre del derecho divino de los reyes, un mundo transformado y rejuvenecido, dirigido por las grandes democracias en nombre del nuevo derecho humano. Como 1814-1815 tuvo su profeta, el zar Alejandro, un visionario de la reacción, 1918 tiene también el suyo, el presidente Wilson, un hombre de ciencia y un místico a la vez, un gobernante que aspira honradamente a realizar sus doctrinas de profesor, el más ilustre representante de la democracia de nuestro tiempo.

Mas el encanto no tarda en romperse. En Alemania los inexpertos jefes socialistas son prisioneros de los grandes industriales y de los grandes señores. Los socialistas de Viena luchan en vano contra una tradición de absolutismo. Los nuevos regímenes democráticos van fracasando uno a uno y Europa entera se cubre de dictaduras. La dictadura en Polonia, donde el poder pasa de las débiles manos de artista de Paderewski al fuerte brazo del mariscal Pidsuski. La dictadura en Hungría, una de las grandes encrucijadas del feudalismo europeo. La dictadura, bajo formas más o menos constitucionales, en Bulgaria y en Yugoeslavia, poseídos como siempre los Balcanes del espíritu turbulento forjado en la más trágica de las historias. La dictadura en Italia, obra de los demagogos que no aciertan a conducirse como revolucionarios y de cuya incapacidad se aprovecha Mussolini. La dictadura en Grecia, donde el general Metaxas impone un régimen mixto de violencia balcánica y de corrupción bizantina. La dictadura en España, con el general Primo de Rivera, la clásica militarada utilizada siempre por la monarquía para salvar los momentos difíciles. En las mismas democracias victoriosas son las fuerzas de la reacción las que conquistan el poder. La Francia de la victoria es, pese a las brillantes exhibiciones de Briand, la Francia de Poincaré, de Tardieu, de Flandin y de Laval. En Inglaterra, tras el fracaso del laborismo, se firma una de esas uniones nacionales que suelen tomar por disfraz las derechas y gobiernan los conservadores con el socialista MacDonald por jefe y por escudo. Y en los Estados Unidos es repudiada la obra y la herencia de Wilson por los republicanos triunfantes en las elecciones de la post-guerra.

En 1918 como en 1814-1815 la explicación de lo que hay de desconcertante a primera vista en el panorama político es la misma. El capitalismo naciente necesita la libertad, la reclama y concluye por imponerla al Estado. Las fuerzas económicas luchan contra toda traba, contra toda ligadura, contra toda reglamentación, hasta destruir los últimos vestigios del antiguo régimen corporativo. Estas fuerzas económicas en expansión creciente tienen por fórmula política el Estado liberal. Es la gran época de la competencia y del libre cambio, el mundo de las maravillosas armonías que cantaba Bastiat. Pero el proceso económico sigue la línea que Marx llegó a descubrir en su obscuro entresijo y la competencia se convierte en guerra económica, lo mismo en el orden nacional que en el internacional. Ya la libertad no garantiza el éxito ni asegura el provecho. Ya no es la meta la libertad, sino el monopolio. Entonces se reclama del Estado la ayuda, la protección, la seguridad. Ya no es la fórmula el Estado liberal, sino el Estado policía contra los malhechores. Al libre cambio sucede el proteccionismo, que va acentuándose hasta llegar a la prohibición, y las fronteras se erizan de aduanas todavía más que de cañones. En el orden interior, la lucha contra el Estado de los buenos tiempos de Spencer es ahora la lucha por el Estado. El Estado es la fortaleza, la ciudadela de que es preciso disponer. Y a su asalto se lanzan las grandes compañías y los grandes consorcios. Lo que en lenguaje económico se llama trust y cartel se llama en lenguaje político dictadura. Donde hay una antigua tradición democrática puede ser lo más ventajoso para la dictadura ocultarse tras el Parlamento oligárquico. Donde dicha tradición falta el Parlamento es innecesario y aparece el dictador.

ALVARO DE ALBORNOZ

Régimen Cristiano

El franquismo en todo su horror

"En la madrugada de ayer se dió cumplimiento en Barcelona a la sentencia de muerte dictada por un Consejo de Guerra contra José Ramón Alvarez, Vicente Badía Marín, José Perarnau Bacardí, Leocadio Ruiz Faraco, César Somorrivas Odosa y Luis Vitini Florez, elementos destacados, en la que fué zona roja, que huyeron al extranjero, de donde regresaron hace unos dos meses clandestinamente".

(De *La Voz de España*, de San Sebastián).

VALIJA *indiscreta*

LA MEDALLA DEL TRABAJO

El "camarada" Pérez, subsecretario de Trabajo del gobierno franquista, ha hecho entrega en Madrid de la medalla del Trabajo al banquero señor Urquijo y a otro consejero del Banco Hipotecario Español. Esa medalla se creó, si no recuerdo mal, en tiempos de Primo de Rivera, y desde entonces ha sido otorgada a generales, gobernadores civiles, obispos, almirantes y sociólogos. No se tiene noticia, sin embargo, de que alguna vez se haya concedido a un trabajador. Así ha quedado perfectamente definida la significación de esa condecoración honorífica, con la que no se trata de premiar el trabajo propio, sino el ajeno. Por eso no se otorga a quien trabaja, sino a quien hace trabajar. El hombre suele tener, por lo general, una idea bastante exacta de la limitación y humildad de su esfuerzo, y cuenta siempre con el de los demás a fin de realizar los grandes trabajos que tiene a su cargo la humanidad para procurar su subsistencia. La fórmula perfecta de esa humildad la encontró aquel prudente fraile que explicaba a sus compañeros de comunidad: "Dice el padre rector que subamos y que comamos, y, después, que bajemos y que trabajéis". Ese fraile fué, sin duda, el primer acreedor a la medalla del trabajo. Tal vez fué él, también, el verdadero creador de la sociología, ciencia que, entre otras cosas, consiste en meditar profundamente sobre los problemas del trabajo de los demás. La sociología ha servido a algunos pensadores para acomodarse a la terrible condena bíblica: "Ganarás el pan con el sudor de tu frente". Un pensador de esa clase aporta al esfuerzo común tan sólo el trabajo de su frente,, y deja que los otros hombres trabajen con las manos y con los músculos, es decir, con el resto de su cuerpo. La sociología, entendida en tal sentido, logró su expresión más sublime en ciertas secciones de la Oficina Internacional del Trabajo de Ginebra, la cual, además de contar con funcionarios muy útiles y laboriosos, disponía de un determinado número de sociólogos que, por lo regular, no hacían nada, pero se preocupaban mucho de lo que hacían los otros hombres que hacían algo. En mis viajes a orillas del lago Leman, veía yo a esos sociólogos con irresistible envidia, y admiraba en extremo cómo aquellos abnegados varones, viviendo en un purísimo ambiente de calma y tedio, podían preocuparse tanto por los mineros y los metalúrgicos y los obreros portuarios y las costureras y los peones del campo; es decir, por todos los hombres y mujeres que, en cualquier lugar del mundo, tenían que ganarse la vida trabajando. Aquellos sociólogos de Ginebra, a pesar de lo mucho que meditaban sobre el trabajo de los demás, no daban muestras extraordinarias de fatiga, lo que yo atribuía entonces a que, de cuando en cuando, se tomaban vacaciones. Disponían de unos despachos claros, espaciosos, limpios, ordenados, con grandes ventanales frente a un paisaje casi edénico, y todo en aquel templo del Trabajo que los albergaba, parecía invitarles al "dolce far niente", a la gandulería y a fumar cigarrillos. Si las mecanógrafas de las instituciones internacionales fueran todas guapas, el estado perfecto del hombre, antes de la presente guerra, hubiera sido el de ser sociólogo ginebrino. Estos sociólogos publicaron el primer año de su actuación un libro importantísimo. Se titulaba, si no recuerdo mal: "Premier rapport sur l'utilisation des loisirs de l'ouvrier". Al año siguiente publicaron otro libro también muy importante. Se titulaba: "Deuxième rapport sur l'utilisation des loisirs de l'ouvrier". El tercer año publicaron un tercer volumen, titulado: "Troisième rapport... etc." Y así sucesivamente. De este modo, los sociólogos que no trabajan daban consejos a los hombres que trabajaban sobre lo que debían hacer en los ratos de ocio que les dejaba su trabajo. No sólo no trabajaban cuando los otros trabajaban, sino que además, pretendían meterse en lo que hacían los trabajadores cuando terminaban éstos de trabajar. Les querían administrar incluso sus ocios y descansos. Un amigo mío, escritor catalán de gran talento, a quien no le gustaba escribir, por lo que esto tiene de trabajo, fué quien llamó mi atención sobre esos imprudentes primero, segundo, tercero, etcétera, "rapport" de los sociólogos, y, refiriéndose a los hombres que trabajaban y a los cuales se consagraban los estudios de los que no trabajaban, exclamaba con cierta inquietud: "Ja que treballen, deixemlos amb pau i no els amoinem". Pero cualquier otro que no hubiera sido mi amigo el escritor catalán, se hubiese apresurado a ofrecer a aquellos sociólogos ginebrinos la medalla del Trabajo.

Ahora, el "camarada" Pérez se la ha entregado solemnemente a dos banqueros, que en la escala de la contemplación del trabajo ajeno ocupan varios peldaños por encima de los sociólogos. Un banquero que se dedicase a trabajar no podría ser banquero. ¿Cuándo iba a tener tiempo para ganar el dinero que se necesita para serlo? Si, según los economistas, el capital es trabajo acumulado, el banquero que maneja ese capital ha de confiar precisamente en el trabajo acumulado por los demás, pero no por él, pues si fuese él quien tuviese que acumularlo, no podría dedicarse a banquero. El banquero interviene, en su condición de tal, cuando el trabajo ajeno se ha convertido ya en billetes de Banco. Entonces recoge el dinero de los que han trabajado y cobra una comisión por prestárselo a otros que quieren trabajar. Por lo menos, esa es, en parte, la teoría bancaria. De ello resulta que el banquero es un fomentador del trabajo, a condición de no trabajar él, pues de otra manera no ofrecería ninguna garantía a los que han trabajado antes o quieren trabajar después, y se convertiría en un competidor desleal. Si el sociólogo es, en cierta forma, el filósofo del trabajo ajeno, el banquero es su guardián y depositario, y, por lo tanto, lo mismo uno que otro merecen en justicia la medalla del Trabajo, porque estimulan el de los demás. Es natural, en cambio, que esa medalla no se conceda nunca a los verdaderos trabajadores, porque quien trabaja lo hace simplemente para ganarse la vida y no debe aspirar a que se lo premien por añadidura con una condecoración.

Debe tenerse en cuenta, finalmente, que los banqueros condecorados ahora por el "camarada" Pérez son consejeros del Banco Hipotecario, y la hipoteca es la institución ideal para obligar a seguir trabajando a quien tiene que redimirla. Un hombre, por ejemplo, trabaja durante toda la vida para ahorrar y tener una casita donde pasar la vejez, pero, por cualquier desgracia de familia, se ve obligado a hipotecar la casita, y a ponerse nuevamente a trabajar para rescatarla. Entonces llega el "camarada" Pérez, subsecretario falangista y, en una ceremonia conmovedora, impone la medalla del Trabajo al banquero que ha hecho la hipoteca a un interés respetable.

EL VALIJERO

Semana Santa

Con motivo de la acostumbrada suspensión de trabajos a que dan lugar las festividades de Semana Santa, nuestro semanario dejará de publicarse el sábado próximo, día 31.

HOMBRES DE LA REPUBLICA

Don José Giral, profesor y político

DICIEMBRE 1930. — En ese simpático barrio madrileño que, entre la Gran Vía, San Bernardo y Fuencarral, albergó y seguirá albergando a una parte considerable, la mayor, de la población estudiantil, venida de todos los rincones de España, con el decidido propósito de conquistar Madrid, existe un caserón destartalado, sombrío, que está, naturalmente, dedicado a la enseñanza. En su fachada principal, un letrero, tan vetusto como el edificio, reza: "Facultad de Farmacia". Corredores, aulas, laboratorios, gabinetes, con su tenebroso aspecto, hacen pensar que se tuvo el designio de establecer allí, deliberadamente, el templo de esa actividad humana que, ciencia oculta en un principio —nigromancia, brujería, alquimia— ha salido a plena luz, más tarde, con sus fórmulas precisas, sus ecuaciones matemáticas, bajo el nombre, todavía un poco cabalístico para los no iniciados, de "Química".

En una de sus habitaciones, un hombre de regular estatura, rostro apacible, impecable bata, mirada escrutadora de investigador a través de unas gafas ovales "demodées" trabaja silenciosamente. No tiene nada de Fausto; en la mano izquierda, un tubo de vidrio transparente, cerrado por un extremo, abierto por el otro, va cogiendo, con la derecha, unos frascos pequeños, teñidos de diferentes colores. Meticulosamente, con el pulso de un boticario, vierte en el primero unas gotas de los segundos. Su mano izquierda —firme, segura— se agita suavemente. Se oye el moscardoneo de un avión lejano. (Los mentideros políticos se han transmitido cauta, sigilosamente el rumor de que Ramón Franco —el segundo de esta dinastía de traidores— va a bombardear Madrid. Parece ser que unos capitanes, en Jaca, se han sublevado, al grito de ¡Viva la República!).

En la frente del profesor, se perfila una arruga. La mano izquierda se levanta, a la altura de la cabeza, para mirar al trasluz —estamos en una sala sombría, ya lo hemos dicho— el resultado de la reacción.

La arruga, apenas perfilada en la frente del profesor, se hace más profunda, signo de contrariedad, de disgusto. Nosotros, espectadores profanos, no sabemos a qué atribuir este disgusto, esta contrariedad; pero sí observamos que el tubo, transparente, clarísimo, se ha teñido de un color parduzco, sucio, casi negro.

El avión de Franco, dice la prensa, ha aterrizado, sin novedad, en un aerodromo portugués. Fermín Galán y García Hernández, añade, han sido juzgados, condenados a la última pena y ejecutados, en el espacio de muy pocas horas.

ABRIL 1931. — Nos encontramos ahora en otra habitación del mismo sombrío destartalado caserón. Sobre una gran plataforma de madera, una mesa-mostrador, con unos frascos pequeños de diferentes colores y un tubo de ensayo. Detrás de ella el mismo hombre, de estatura corriente, ademanes mesurados y rostro apacible. Frente a él, unas filas de bancos devuelven a los trajes, un poco raídos, de los estudiantes de hoy, el brillo prestado por los trajes, un poco raídos, de los estudiantes de ayer. Este brillo, unido al de los rayos de un sol primaveral —estamos en Abril— que se filtran por los huecos de las ventanas, ha conseguido ahuyentar, siquiera sea momentáneamente, las tinieblas. El profesor, que ha escrito en la pizarra —habíamos olvidado consignar que, a su derecha, sobre un caballete, había un gran encerado— se dirige hacia la mesa, para demostrar, con la fuerza del experimento la razón de su disertación dialéctica. (Los mentideros políticos hierven de comentarios sobre las elecciones municipales. Los periódicos dan cuenta de la mayoría arrolladora de las candidaturas republicanas). Nuestro profesor vuelve a tomar con la mano izquierda el tubo de ensayo, vierte en él unas gotas de los líquidos contenidos suavemente al tubo y éste, al cabo de unos segundos de ansiedad colectiva, se tiñe de unos purísimos colores: rojo, amarillo violeta. No queda rastro de arruga en la frente del profesor; un júbilo radiante inunda su rostro sereno y los estudiantes, más interesados que nunca en la lección, se olvidan de que están en el santuario de ciencia y prorrumpen en vítores y aplausos. HA NACIDO LA SEGUNDA REPUBLICA ESPAÑOLA.

JULIO 1936. — Un amigo, compañero de hospedaje —por tanto, de fatigas— nos pide que bajemos a buscarle, en la farmacia de la calle vecina, el resultado de un análisis. Accedemos gustosos y nos trasladamos, en esta tarde de canícula precoz, al establecimiento indicado. Mientras el mancebo dosifica, a ojo de buen cubero, unos polvos amarillentos, aventuramos, audaces una ojeada en la rebotica. Cuál es nuestra sorpresa al percatarnos de que el boticario es nuestro profesor, el mismo que, dos veces, ha distraído nuestros ocios de estudiantes de Economía Política y Derecho Romano con sus experimentos de laboratorio. Su trabajo aquí, como en la Facultad se sirve de los mismos o parecidos útiles. Hay, sin embargo, ahora en sus movimientos, tan mesurados antes, un nerviosismo que nos llama la atención. (Los mentideros políticos se han estremecido con la noticia de un pronunciamiento militar en Marruecos). Este desasosiego del profesor nos incita a seguirle en su ya conocido trabajo de mezclar líquidos de diferentes colores. Un aparato de radio esparce la monotonía de sus anuncios a tanto la palabra y anuncia que la sublevación se extiende por diferentes regiones de la península. Simultáneamente el tubo de ensayo se hace añicos contra el suelo. Diríamos que obedeciendo a un impulso intencional; pero no. La mano del profesor, otra vez firme, segura, ha ido a coger el cigarro que se consumía en un cenicero y olvidó que tenía el tubo entre los dedos. Estos sabios son tan distraídos... Con el resultado del análisis afortunadamente negativo, volvimos a casa, donde se comentan ya los sucesos de última hora.

Sin saber cómo ni cuándo, el gobierno que tenía la obligación de prevenir, ha desaparecido, ha dejado el Poder en medio de la calle.

Una mano firme, segura, precisamente una mano izquierda, lo ha recogido.

Los periódicos a grandes titulares, publican: El presidente de la República ha encargado de formar gobierno a don José Giral.

Unos días más tarde, el mamarracho de Queipo ha eruptado, en el micrófono de Radio Sevilla, unas injurias contra el Jefe del Gobierno.

Estudiante perpetuo, jamás licenciado, ni menos, por tanto, doctorado, tengo una gran simpatía por el Profesor Don José Giral.

Socialista —republicano, por ende—, guardo una gratitud profunda al ciudadano Giral.

MANUEL BELLIDO DE LA ERMITA

EMPAREDADOS AL GUSTO ALEMAN

Fitzpatrick en el St. Louis *Post-Dispatch*.

ESTAMPAS DEL EXILIO

I.—EL ASTILLERO

Un marinero vasco —boina y rostro cepado, de enérgico perfil— es el autor de un arte ideal e ingenioso. El construye, con una delicadeza y una gracia encantadora, unas naves en miniatura que son una maravilla. Allí en la puerta de su barraca, de cara al mar, tiene su exposición de barquillas de todas formas y colores... ¡hermoso puertecito de los sueños infantiles!

Y cada una lleva su nombre. La "Mari" y la "Rosi" —iguales, idénticas, evocación sentimental de dos niñas, tiernecitas, gemelas— son las más pequeñas y también las más apreciadas.

—Estas dos navecillas no las vendo a nadie; es algo tan íntimo que no tiene precio.

Y sus ojos las miraban entristecidos.

"El Cantábrico" es un buque, grande y poderoso —una torre alta, con una bandera y su flotilla de cañones—, que simboliza el mar de sus inquietudes y esperanzas.

* * *

Un domingo, en la tarde... Un niño —vive allí en el campo de las mujeres, con su madre— viene a pasar unas horas al lado de su papá. Y al ver aquel florido jardín de barquitos, se entusiasma y grita:

—Oh papaíto, yo quiero un barco...

—No, ahora no; otro día. Otro día te lo compraré.

Y el buen marinero, que estaba oyendo —y que sabía lo que significaba este "otro día" en los labios de aquel padre—, coge una navecilla y dice:

—Toma, niño, para que empieces a soñar con el mar y la Libertad.

II.—LA NOCHE

A la luz de una vela —luz tenue, opaca, de celda mortuoria— estoy leyendo esta noche "Poésie", antología de Rainer María Rilke en francés. Es la primera edición en este idioma de su obra poética...

"Cependant que son verbe
surmontait l'ici-bas,
il était déjà là
oú nous ne suivions point"...

La lectura de los buenos libros es un bálsamo vivificador, amoroso. El espíritu decaído se reconforta y adquiere ánimos. Es como una mano que invitara, generosa y fiel, a caminar de nuevo a través del mundo de las luchas y miserias.

Entretanto, una mariposilla a mi lecho. Ayer vino también. Es la misma, sí; yo la reconozco. Su cuerpecillo y sus alas de oro son inconfundibles. Ella debe saber que vivo muy solo y por eso viene a visitarme.

"Chanter, c'est être...

Los ojos se cansan; mis párpados vacilan y los vence el sueño... Anda, vete, mariposa; quiero dormir. Ahora apagaré la luz, y a oscuras no podrías tu salir a la playa a jugar con las estrellas... (Me gustaría ser un niño para correr tras de ti).

Pobrecilla... Cuando, revoloteando alrededor de la vela cae al suelo, al instante se eleva; y viene a mí. Y aletea por mis cabellos, el rostro, como si quisiera decir: —Ves, no sufras; no me he hecho daño. No tengo sangre ni heridas...

Mariposa,
visión pasajera,
gracia
y poesía
de la soledad.

III.—EL CLAUSTRO

"Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero,
que muero, porque no
muero"...

Santa Teresa.

Era una vida de nervios y fantasmas... Aquel muchacho, izquierdista —cojo, y ahora sin empleo de su profesión de ebanista—, se pasaba el día detrás de los vidrios del humilde establecimiento de refrescos y comestibles de sus padres. La falta de trabajo y el miedo constante de que irían a detenerlo —se llenaban las cárceles y las nuevas fosas del cementerio sin interrupción— lo tenían casi enfermo... De vez en cuando se oía, acercándose, el paso marcial de un pelotón de verdugos entonando su "Cara al Sol", el himno de la Muerte.

Volverán
las oscuras golondrinas...

Un día, una vieja beata —espía de un convento de monjas de Santa Clara—, entra a una panadería, situada en la acera de enfrente, y desde allí vislumbra el rostro tímido y un tanto apocado de aquel "rojo" oculto en la sombra.

—¿No es Pedro aquel que está detrás de los vidrios? —murmura, maliciosamente, a la vez que no le quita los ojos de encima—. Me extraña que no le haya ocurrido nada... Yo lo vi, el día que detuvieron a las monjas, allí sentado en el Centro Republicano...

Y cuando se marchó, la dueña —una mujer entrada en años, comedida y bonachona— sale de la panadería y corriendo va a contárselo a él.

—Vete, van a detenerte...

Y aquella misma noche, acompañado de su hermano, emprende, a través de la vía del ferrocarril, el camino del exilio.

A. CABRUJA-AUGUET.

Tres soldados que vestían uniformes alemanes pidieron una sopa en un pequeño restaurant en Checoeslovaquia. El mesero gritó a la cocina en idioma checo: "¡Tres sopas con veneno para ratas!" Saltó uno de los soldados y gritó en el mismo idioma: "Sólo dos con veneno, por favor. Yo soy austriaco".

Un nazi hablaba en Viena y decía: "Deberían ustedes ver a mi división... Su velocidad fué admirable. Cubrimos la distancia de aquí a Libia en un tiempo que rompe los récords". Un austriaco le rebatió: "Pero hay varias veces esa distancia a Libia, ¡mire!". Sacó un mapa y apuntó. "Tonterías", gritó el nazi; "yo me refería al regreso".

FIN DE FARSA

LOS MARSUPIALES FALANGISTAS

Probablemente quienes lean este artículo esperen que se les sirva un menú fuerte, en el que alterne algún guiso de chuletas de cerdo o de obispo (a las que según algunos somos y fuimos muy aficionados los republicanos, aunque deba confesar que estos últimos animalos no nos placen al paladar), con salsas abrasadoras saturadas de insultos picantes, cual merecen, hasta llegar a lo soez, que es pornografía, degeneración, ludibrio, lo que allí se entiende por Jerarca y Jerarquía, y como plato final, un asado alegórico de "Kaudillo" con las orejas del animal, adornadas por sendos manojos de perejil. Esta comida de media tarde, estaría a tono con la excitación que se ha apoderado en estos días de cuantos se interesan por lo nuestro, y que están saturados de los rumores, opiniones, contraopiniones y latas, piezas periodísticas invasoras de las columnas de los diarios en forma tan alarmante que yo, bibliófilo empedernido, recortador de cuanto los señores corresponsales escriben, amenazo la tranquilidad de mi hogar ante el desplazamiento de los rudimentarios muebles de que soy poseedor, para acondicionar y archivar los muchos kilos de papel impreso que de cerca o de lejos mencionan algo de la Patria mía.

Muy bien podría satisfacer esta gula del espíritu de mis lectores, comentando, por ejemplo, las andanzas de un gran general que va de caza, no sabemos si de cigarras, para calmar su justo nerviosismo, que los no leídos llaman miedo o acotando las protestas de la manada falangista o las declaraciones de Don Miguel Maura, al cual es preciso conocer para darse cuenta de la pasión y energía que pondrá en ellas; pero es tan clara ya la liquidación total de aquel negocio clandestino que solamente una pérdida lamentable de tiempo significaría tomar en serio los culebreos y equilibrios que como malos payasos realizan. Seguros estamos de que habrán de caer en la pista sin malla del Circo, y romperse en ella la crisma, cual merecen.

A los sinvergüenzas se les pone mejor en evidencia contando jocosamente sus charranadas, demostrando sus fechorías, exhibiéndoles ante el Mundo como son, mostrándolos en los calzoncillos de su brutalidad, con las nalgas de su ridiculez al aire; y por suerte nuestra, tienen los camisas viejas y los camisas nuevas unos calzoncillos tan sucios y rotos y unas nalgas tan grotescas que poco trabajo cuesta exhibirlos cual son, en la seguridad de hacer desternillar de risa aún al más melancólico de nuestros lectores.

Ni en el nombre de guerra que escogieron tuvieron suerte los pobrecitos. Autodenomináronse FALANGISTAS, sin que su escaso meollo les advirtiese que se incorporaban a una familia animal que de tener el don de la palabra, habría protestado airadamente de tal desafuero, pues falangista es un animal del suborden de los trepadores (hay que confesar que en este punto tuvieron tino) orden de los marsupiales y que entre otras características se destacan las grandes orejas y la bolsa marsupial que los falangistas auténticos llenan con sus crías y los apócrifos con el producto de sus rapiñas. Creyeron ellos que si algo fuundamentalmente les sobraba era la inteligencia y arrearon con ella, y pretendieron destruir la de los demás, pues el saber es lastre muy pesado que impide trepar, correr, roer y sobre todo hacer brutalidades; así se comportaron con una de las figuras más preeminentes de la intelectualidad que cazaron en la trampa en los primeros días de sus correrías, tratando de cubrir las desnudeces asquerosas que los unificaba con el ropaje intelectual de alto corte que usaba figura tan destacada como era don Miguel de Unamuno. Y viene a cuento, ya que de este esclarecido espíritu hemos hablado, relatar el choque de la manada con la aristocracia del espíritu, y dejar sentado el proceder de Unamuno, velado en ocasiones por el desconocimiento real de los hechos que hiciera acompañarlo a su tumba con un resquemor que es justicia desvanecer.

Don Miguel era el único intelectual representativo que aplaudía el levantamiento militar. ¿Cómo era posible que él, precisamente él, el más cáustico flagelador del militarismo tiránico e inculto, compartiese el espíritu de su rebelión? ¿Cómo se explicaba que se colocase frente al pueblo que él había comprendido y exaltado tanto?

Las contradicciones y las pasiones del viejo catedrático de Salamanca constituirán uno de los más interesantes capítulos del estudio de su figura. Evidentemente esta primera adhesión era antinautral; él que tanto había insistido en su horror contra la barbarie no podía tardar en reaccionar violentamente como solía hacerlo siempre.

El periodista Georges Sadoul, nos contaba ya, en 1936, la reacción natural de Don Miguel y nos hacía llegar, junto con ella, las pruebas de la incultura, del fanatismo y de la ridiculez que había de acompañar en toda su vida al régimen que instauraban con la rebelión de 1936.

El 20 de julio, dice el periodista, Don Miguel habló de los rebeldes y su discurso recorrió el mundo entre los ecos complacientes de la prensa de Franco, Hitler, Mussolini y Oliveira Salazar. El viejo habló de la defensa de la civilización de Occidente, trató a Azaña de criminal reincidente (esta es quizás la explicación de su conducta, odio personal a Azaña) y saludó a la romana. El republicano de ayer se convertía de pronto en la personalidad más relevante del fascismo español.

Transcurrieron algunas semanas. Rumores contradictorios llegaban de Salamanca. Don Miguel volvía a la sombra. Primero se supo su destitución, después su muerte. Un rumor se extendió rápidamente: había sido fusilado por los fascistas. ¿Qué había pasado en realidad?

Durante los primeros días de la rebelión en Salamanca, el fascismo no presentó inmeditamente su aspecto sanguinario y cruel; casi todos los republicanos fueron detenidos, pero las ejecuciones fueron raras. Don Miguel, no creyó en la crueldad de los traidores y su odio personal a Azaña le hizo creer en la justeza de quienes se habían levantado contra el régimen que aquel representaba. Pero los SEÑORITOS de Valladolid no tardaron en llegar a Salamanca y después de tratar de HIJAS DE MARIA a los falangistas salmantinos se pusieron personalmente a la cabeza de la represión. Se fusiló y fusiló. Se cita el caso del Marqués de León que una noche hizo fusilar fríamente a sus 17 colonos y a su médico. Todos estos hechos comenzaron a pesar sobre el ánimo de Unamuno y ya en el mes de agosto no quiso contestar el saludo fascista de Mola diciéndole. VENCER NO ES CONVENCER. Estas palabras han recorrido el mundo siendo la expresión clara de un claro entendimiento.

El 1° de octubre de 1936, se celebró la inauguración del curso en la Universidad de Salamanca, de la que Unamuno era Rector vitalicio. Unamuno no quiso hacer uso de la palabra, pero oficialmente representaba al caudillo; fué el Dr. Maldonado el encargado del discurso inaugural.

Después de una sarta de incoherencias, Maldonado lanzó un violento ataque contra los catalanes y los vascos. Unamuno era vasco y el obispo de Salamanca presente en el acto, era catalán. Unamuno no pudo soportar los insultos. Al final, tomó la palabra y declaró que los vascos y los catalanes valían más que todos los presentes, y añadió: "ES UN BONITO JUEGO INSULTAR Y VOCEAR CONTRA LAS MUJERES ROJAS QUE SE BATEN COMO MILICIANOS MIENTRAS AQUI ENTRE LOS REBELDES SE ASISTE AL VERGONZOSO ESPECTACULO DE MUJERES CUBIERTAS DE RELIQUIAS Y ESCAPULARIOS ACUDIENDO A PRESENCIAR LOS FUSILAMIENTOS COMO SI FUESE UN TEATRO".

Un verdadero tumulto siguió a estas palabras. La primera dama de la tribu falangista, esposa del Jefe, se desmayó, mientras que el General Millán Astray gritaba: "MUERAN LOS INTELECTUALES, MUERA LA INTELIGENCIA". Este general es el mutilado que paseó sus despojos por estas tierras, apropiándose hechos heroicos que jamás cometió.

¡Cuán cómico debió ser el acto académico! Una alta dama desmayada; un General analfabeto gesticulando, saltando como un simio y aullando como una fiera, y unos profesores adornados con la toga y la muceta, que siempre dió tan alta categoría a quienes las vistieron, haciendo de comparsa a este concierto de analfabetos. Así ha seguido siendo la comedia dramática que se instauró en 1936 y que ya está en el último cuadro.

Don Miguel todavía había de decir al periodista que le visitó: "ESTA GENTE VA CONTRA LA INTELIGENCIA. LOS INTELECTUALES SON FUSILADOS, SI TRIUNFAN. ESPAÑA, POBRE PAIS ENFERMO, SE CONVERTIRA EN EL PAIS DE LOS IMBECILES".

Toda esta es la cartoña que exhiben. Con ella pretenden convencer al mundo, pobres diablos, mugrientos del alma, podridos en los sentimientos, sin ninguna facultad anímica, patrimonio de los seres humanos, normal; y protestan y gesticulan. Es la agonía con alucinaciones.

Este comentario reconciliará con D. Miguel a los intelectuales que nos rodean y cuyos primeros pasos en la rebelión restáronle simpatías a su persona, pero que ha recobrado después, por su rectificación sincera. Dará ánimo a nuestros buenos amigos de esta privilegiada tierra asegurándoles la justeza con que obraron al tomar partido por nuestra causa, y quizás hará reflexionar y convencerá a los desviados de buena fe que se enrolaron en la carcomida carabela del falangismo.

FRANCISCO BERGOS RIBALTA

SE ACABARON LAS MONADAS

Seibel en el Richmond *Times-Dispatch*.

DIALOGO

¡Estos Franquistas!

—Amigo mío ¿usted no es franquista?

—Sí, señor.

—¿Y cómo no se indigna con todo eso que han hecho los japoneses en Filipinas?

—¿Pues qué han hecho?

—¡Horrores!

—¿Y cuándo?

—Hace ya tiempo. Pero ahora viene la consigna de indignarse.

—¿No será un poco tarde? Porque yo tengo entendido que hubo allí españoles leales al "eje", que acusaron ante los japoneses a los hispanos "rojos".

—¿Y usted es franquista?

—¡Que sí, señor! Por eso me pareció que estuvieron oportunos aquellos acusadores, que revelaban su raigambre falangista con su conducta delatora.

—¡No diga usted eso!

—¿Por qué?

—Porque ya no se puede decir. Ahora hay que indignarse con los japoneses. Franco ordena la condenación de aquellos nipones que, obedeciendo a los franquistas, mataron a los "rojos".

—Me pone usted ante un mar de confusiones...

—¡Usted es "rojo"!

—¡Ave María Purísima! ¿"Rojo" yo?...

—Pues si no lo es, ahora hay que indignarse con los japoneses y enconmendarnos a San Francisco.

—¿San Francisco? ¡Eso sí que no lo acepto! España ya tiene su patrón, que es Santiago. ¡España es católica, quiera o no! Y no se puede jugar con el santoral.

—Amigo mío, aquí lo importante no es el santoral, sino Franco. De modo que, a enconmendarse a San Francisco y a condenar con grandes exclamaciones ese extremo del "eje" que se llama el Japón.

—¿Y por qué motivos, dice usted?

—Pues porque es un pueblo inculto y lleno de asesinos.

—¿Ahora?... ¡Qué fastidio! ¡Yo que tenía ya mis prejuicios franquistas ordenados a favor de los nipones!... ¿Cómo haría para odiarlos de pronto?

—Muy fácil: se imagina usted que son ellos los autores de todos los asesinatos cometidos por Franco y la falange... y a vivir.

—Es verdad; tiene usted razón. ¡Qué escándalo! ¡Criminales! ¡Asesinos!... ¿Ha visto usted lo que han hecho los japoneses en Filipinas?

—¡Horrores!

—Sí, señor; eso es. ¡Horrores! Lo que hace falta es que ahora San Francisco no nos deje de su santa mano.

(Escuchó el diálogo: R.).

CRONICA

La Puerta del Sol y el Sol Naciente

Del diario "El Universal", de México, correspondiente al día 21, reproducimos la crónica siguiente en la que se enjuicia con agudo y exacto criterio el intento franquista de incorporarse a las NN. UU. mediante un burda comedia que sólo puede inspirar risa o repulsión.

Nos encontramos ante un caso internacional, del tipo más pintoresco: el dictadorcillo que habita el Palacio de Oriente, en Madrid, está llevando a cabo una serie de malabarísticos esfuerzos para, de un golpe, de un señor golpazo, pasar de semienemigo de los gobiernos de Londres y de Washington, a la categoría de nada menos que aliado, de miembro de las Naciones Unidas, y en fin, acaso de uno de los dirigentes de la política mundial, desde un sitial en la reunión más o menos próxima de San Francisco de California.

El cauce para que tal transformación se verifique es el mismo indicado, acaso con una bendita falta de premeditación, por los recién reunidos panamericanistas a la República Argentina: declarar la guerra a algunos de los componentes del ex Eje.

Esto, que es una especie de bautismo político internacional, lava, por lo visto, todas las manchas más o menos originales y convierte a los penitentes en dignos de figurar, por la eternidad, a la diestra de los grandes poderes mundiales.

No queremos, ahora, detenernos a examinar el grado de moral internacional que encierra esta teoría de obligar a una nación que ha errado (a nuestro juicio, pero no seguramente al de ella) en su conducta mundial, a que cometa el acto a todas luces poco airoso (por lo menos, muy por lo menos, poco airoso) de declararle la guerra a una potencia ya vencida y que está siendo triturada y, además, contra la cual la nación así lanzada a la declaratoria de guerra, nada tenía que alegar, en su conciencia.

Pero nos parece oportuno mostrar de qué manera esta peregrina teoría DE DERECHO abre las puertas, de par en par, a los gobernantes más despreciables para que se sienten a la vera de los representantes verdaderamente populares, honorables y respetables, tratándolos de tú por tú.

Es natural que ante esta conducta de los panamericanos, los consejeros del dictadorcillo de la Puerta del Sol hayan visto abierto el camino que había de conducirles, no ya a la absolución de todos sus monstruosos crímenes (destacando entre ellos el fusilamiento de un Jefe de Estado, a quien se ejecutó precisamente por eso: por representar la libérrima voluntad de un pueblo; y nos referimos al abogado Luis Companys, Presidente demócrata y legal, con todas las legalidades habidas y por haber, de la Generalidad de Cataluña), sino incluso a codearles, de igual a igual, con las grandes figuras decentes del mundo decente.

Bastaba para ello con declararle la guerra al Japón, es decir, al enemigo número uno de los norteamericanos, cuando, naturalmente, las armas japonesas estaban desbaratadas y acorraladas y no podían darle un zarpazo al enano que les arrojaba piedras...

Base para la declaratoria: las persecuciones, asesinatos, torturas y brutalidades que los japoneses cometieron con varios individuos españoles.

Esto, como hecho, es exacto.

Pero es también exacto que tales torturas y muertes se debieron a delaciones y aun a peticiones de las autoridades consulares españolas (falangistas) de Manila; esas mismas autoridades contra las cuales la opinión de Estados Unidos se ha levantado unánime, acusándolas de colaborar con el invasor nipón contra los norteamericanos y contra los filipinos... y contra los mismos españoles republicanos, que habitaban en regular número las Filipinas y donde redactaban algún periódico ejemplar, magnífico, decentísimo y convincente.

Va a ser muy curioso ver la conducta que siguen Londres y Washington si los señores de la Puerta del Sol se lanzan, en plan de guerra, contra los señores del Sol Naciente.

En teoría, los falangistas tienen buenas posibilidades de ganar el pleito.

En reuniones o cónclaves en los que se admiten dictadores del tipo argentino y otomano por el único merecimiento de haberle declarado el estado de guerra a una nación ya derrotada e impotente para agredir, y en cambio se les niega el sitial a Estados como el suizo y el sueco, que son ejemplo de decencia, de cultura, de democracia y de virilidad, se puede esperar todo...

El precedente es terriblemente depresivo para quienes ansían un mundo nuevo más de acuerdo con la justicia y la libertad internacionales.

Y lo peor del caso es que, para quienes sueñan en tal mundo a venir, lleno de promesas venturosas, y sienten desengaños y tristezas ante hechos como estos que vamos recordando, no hay más refugio y esperanza, al pasar la vista por el turbio panorama mundial, que la posible conducta de esa otra potencia, la número tres, Rusia, que parece poco de acuerdo con tales maniobras de política poco orientada.

Fué Rusia la que se negó a concurrir a una reunión de tipo internacional, pocos meses ha, porque a ella acudían representantes de la Puerta del Sol.

Es Rusia la que, en estos momentos, protesta por la invitación que se le hace a otro gobierno fascista, el de Buenos Aires, facilitándole el paso de ese Rubicón moderno.

Pero en el caso de la amenaza falangista de meterse en las filas aliadas, de tú por tú con los más destacados caudillos por medio de una declaratoria de guerra al Japón, la postura de Rusia tiene una fuerza muy seria y que no puede despreciarse.

Rusia ha visto frente a los muros de su heroica Leningrado a tropas españolas, enviadas por el actual Gobierno de España, luchando contra los soldados rusos y contra los civiles defensores de la ciudad del Neva.

Rusia no forma parte, todavía, de la alianza anglo-yanqui-holando-francesa contra el Japón.

Y resulta muy difícil concebir que, si la España representada por los falangistas, es decir, la España que, hace unos cuantos meses, luchó en guerra contra los rusos en los campos de batalla de las tierras bálticas, entra en las filas antiniponas actuales, los rusos se acomoden a formar, codo con codo, al lado de los falangistas...

De modo y manera que admitir las piruetas de los politicuelos de la Puerta del Sol, aceptándolos como colaboradores más o menos platónicos (mucho más que menos) en la guerra contra el Sol Naciente, equivale a atrancar la puerta por la cual Rusia pueda pasar de la expectación bélica a la beligerancia en la lucha del Extremo Oriente.

Ante esta evidencia, es muy posible, muy probable, que las Cancillerías de Londres y de Washington asuman una actitud poco propicia a las maniobras que se preparan en Madrid.

Tener la declaratoria de guerra de la Puerta del Sol al Japón, no compensa la ausencia segura de las armas rusas en esa misma lucha del Asia Oriental.

Pero para evitar que el mundo liberal pueda ver en lo que va a acontecer dentro de poco en la política internacional con relación a la guerra del Oriente, un triunfo (otro triunfo) de la política del Kremlín, sería lógico y deseable que se anticipasen ingleses y norteamericanos a los acontecimientos haciendo públicas y claras manifestaciones afirmando, contundentemente, que una declaratoria de guerra, o dos, o tres, del gobierno de Madrid hacia los restos del naufragado Eje, no habrían de alterar, en lo más mínimo, en lo más ínfimo, la posición de las Naciones Unidas para con los derribadores de la legal y democrática República Española.

Esta declaración, hecha oportunamente, tendrá un valor muy estimable y alentador para todos los hombres del mundo que piensen en liberal.

Esta misma declaración, llegada tarde, aparecerá ante todos como un éxito o una imposición de los rusos sobre sus amigos de habla inglesa.

Y, naturalmente, el mundo liberal sacará, mental y sentimentalmente, las obligadas consecuencias de tales hechos...

PLINIUS

Manning en el Phoenix *Republic*.

RUTAS DE MADRID

XXI.—MULAS EN LA PUERTA DEL SOL

¿Que si es redonda la Puerta del Sol?... No, señor. Tampoco es exactamente media Luna... ¿Que qué forma tiene, entonces?... Pues entonces tiene la forma de la Puerta del Sol, de Madrid; por eso, tampoco se llama Plaza. Tiene su forma, su nombre, su reloj, su historia, su alma... y un hormigueo de gentes que la cruzan en los grabados de 1840, de 1871, de 1885; en las fotografías de album, amarillentas, de 1901; en los "Blancos y Negros" de 1912; en las fotos de Aviación de 1928, de 1930...

Su red de calles, rara, extraña, no es un desorden de callejeo antiguo; pero se ha quedado en una urbanización muy del siglo pasado. De una parte, las calles vienen rectas, descienden rectas hacia la Puerta del Sol: Carretas y sus paralelas; pero de la otra se abre el abanico de sus salidas: desde la Carrera de San Jerónimo a Mayor, pasando por Alcalá, Montera, Preciados, Carmen y Arenal.

Y no hago la evocación para que se os quiebre una lágrima en los ojos. Sin embargo, sabe dulce en el exilio, entre vuestras miradas lejanas, no olvidarse ésta hacia la Puerta del Sol: está llena de pasado y de porvenir, de evocación y de esperanza: esta mirada al reloj de Gobernación: aquel reloj que vimos roto, tuerto de alguna de sus cuatro esferas, en los años de 1937 y 38; pero que ahora los relojeros, a pretexto de relacionarle con el meridiano, le han puesto a caminar, "sin prisa y sin pausa", hacia la hora de la liberación.

¡Hormigueo de gentes grabadas, fotografiadas al cruzar la Puerta del Sol! ¡Gentes de hace un siglo o gentes de nuestra infancia; y luego de nuestra juventud, y de nuestra ausencia ahora!... ¡Mulitas pequeñas, peludas, andarinas, arrastrando el mamotreto desproporcionalmente grande de un tranvía, por los carriles alante!...

Bajaban por la calle de Carretas tirando del cajón frenado; luego pasaban al lado de la fuente redonda, centro del siglo y del mundo; y subían por Montera hincando el casco en el empedrado.

¿Quién no ha percibido alguna vez que el recuerdo, el sentimiento y la distancia, duplican la lejanía del tiempo?... Nosotros conocemos la Puerta del Sol al brillo vivo, reciente, de las doce, de la una del día; podemos recordar la rapidez de las gentes bajando por las escaleras del "metro"; los automóviles de potente impaciencia, pero obedientes con precisión a las señales verdes, amarillas y rojas; los grandes escaparates y los amplios bares modernos, llenos de ir y venir... Pero se nos adormecen con el destierro los recuerdos; se emborronan como en una mirada húmeda, aunque se borren; y entonces surge la foto amarillenta de nuestra infancia; o los grabados de 1840, de 1871, de 1885; y la Puerta del Sol es cruzada por estas mulitas que ni siquiera hemos visto nunca, por estas mulitas pequeñas, peludas, andarinas, que caminando sobre los carriles tiran de algún cajón amarillo, desproporcionado, llenos de madrileños de fin de siglo, que todavía no tenían demasiada prisa en la vida.

¡Y menos mal! Porque si nos empeñamos, por lo contrario, en modernizar sobre el recuerdo los tranvías y ponerlos al día; si nos empeñamos en aclarar los ojos y graduar los prismáticos al presente, la impotencia nos llenará de ira y, secos acaso los ojos, serán espumarajos los que se nos escapen de la boca.

ANTONIORROBLES.